

La feria de los días

UNA CARTA

A raíz de la publicación —dentro de esta Feria— de algunos comentarios sobre la actitud personal de Borges, que intentaban definir mi propia opinión al respecto, don Miguel Enguídanos se sirvió enviarme una carta de protesta cordial por lo que él consideraba una indebida excusa para “disculpar” la nada culpable publicación de una entrevista con el mismo Borges.

ACLARACIÓN SEGUNDA

Publicada a su vez, en el pasado número, la carta del señor Enguídanos, estimo que el asunto bien merece una segunda aclaración de mi parte.



¿EXCUSA?

En primer término, nada más lejos de mis propósitos que el ofrecer “excusas” por la inclusión de un material en sí importante. Lo que quise precisar es que aun condenando determinados aspectos de la conducta personal de un escritor, aun sin compartir inclusive la orientación interna y sustancial de su obra, es posible reconocer la importancia literaria de ese escritor.

CONFUSIÓN DE VALORES

Mi intención, en suma, y siento que ello no se haya entendido así, era justamente la de combatir todo fariseísmo, toda confusión de valores. No pudo sino sorprenderme el que se me hubiera supuesto el afán contrario.

TAMPOCO EL SILENCIO

Pero tampoco hubiese sido justo —sólo porque Borges resulta, quiérase o no, un escritor importante— silenciar mi discrepancia frente a su postura: frente a un esteticismo que



lo llevó a juzgar el régimen peronista sólo por su perversión “escénica”, y, actualmente, a censurar de viva voz, entre los muchos desaciertos de nuestro Continente, en exclusiva aquellos que, con razón o sin ella, le parecen contaminados de inelegancia revolucionaria. Y no sobra lamentar, además, que Borges suela adoptar peyorativas cuanto arbitrarias generalizaciones calificando de “comunistas” a quienes no lo son ni sueñan en serlo, pero que aun si lo fueran deberían ser discutidos en el terreno ideológico y no desconocidos mediante la escueta aplicación de un epíteto.



UNA NUEVA CARTA

Ya en carta privada, me permití hacer llegar a Miguel Enguídanos algunos de los conceptos anteriores. Y él me ha respondido en los siguientes párrafos, que con el mayor placer reproduzco:

“Me dice usted que escribió lo que escribió porque ésa es su opinión personal y no por compla-

cer a nadie, y a mí me basta con que usted me lo diga. Le creo. Estamos en desacuerdo en muchas cosas, gracias a Dios. Así que podemos dialogar, entendernos. Que lleguemos a conclusiones distintas sobre Borges, o sobre Cuba, los Estados Unidos, o sobre la responsabilidad política del escritor no tiene nada de malo. Todo lo contrario, puede ser muy fecundo un diálogo de discordantes que se respetan. Creo que eso es lo principal, que usted y yo nos respetamos como personas. Borges y yo somos muy amigos. ¿Para qué negarle que en todo esto estoy defendiendo tanto el principio como el amigo? Motivos ‘personales’ otra vez, claro que sí. Pero Borges



y yo no pensamos al unisono en muchísimas cosas; ni siquiera en dos o tres de la media docena de cosas que verdaderamente importan en la vida. Sin embargo yo le admiro mucho como escritor y le estimo otro tanto como persona. Acepto y me esfuerzo por entender las diferencias que me separan de él. No piense que estoy insinuando que usted se cierra de banda frente a todos los posibles Borges. Aunque usted le rechace como persona y se le caiga de las manos como escritor, no puede negar que en el fondo siente usted un impulso humano de acercamiento... Si no, no hubiera usted dedicado un número de la revista a figura tan controversial y, como usted mismo reconoce, muy poco popular hoy día en Hispanoamérica.”

—J. G. T.

Dibujos infantiles hurtados a la revista Garbí.